

## EL CONOCIMIENTO GEOGRÁFICO EN LAS “ETIMOLOGÍAS” ISIDORIANAS: ALGUNAS CONSIDERACIONES

Manuel Albaladejo Vivero  
Universidad de Alcalá

*RESUMEN:* El presente artículo tiene por objeto el análisis de algunos de los escritos geográficos y etnográficos contenidos dentro de las “Etimologías” de San Isidoro de Sevilla. Éste ha sido un campo poco estudiado por los especialistas en la obra del obispo sevillano. De modo que esperamos que el artículo sirva como breve introducción respecto a cuestiones tales como las fuentes empleadas por el autor, la unión de elementos tomados de la tradición clásica y del pensamiento cristiano, así como para profundizar en su concepción del mundo.

*ABSTRACT:* This article is devoted to the analysis of certain geographical and ethnographical writings appearing in Saint Isidore of Seville’s “Ethymologies”. This field has not been studied by specialists in the Sevillian Bishop’s works. Thus, we expect the article to serve as a brief introduction regarding some points such as the sources used by the author, the mixture of elements taken from Classical tradition and Christian thinking as well as a deeper study of his vision of the world.

Una cuestión admitida por la práctica totalidad de los investigadores modernos es la referida a la escasa originalidad que se desprende de la producción científica y literaria de San Isidoro<sup>1</sup>. A pesar de ello, tampoco conviene olvidar que la obra del obispo hispalense contiene una serie de aspectos positivos, tales como su capacidad organizadora de todo el extensísimo conjunto de informaciones, reflexiones y fabulaciones que había legado la Antigüedad Clásica, así como su labor sintetizadora; lo que, en conjunto, tuvo mucho que ver con el tremendo éxito e influencia que gozaron sus obras –en especial las *Etimologías*- en la posterior Edad media europea.

Como no podía ser menos, estas apreciaciones también deben ser aplicadas a sus escritos de índole geográfica que, básicamente, se encuentran contenidos en tres libros de las *Etimologías* –el noveno, el decimotercero y el decimocuarto-, así como

---

1. J. Pérez de Urbel, “Las letras en la época visigoda” en *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal Tomo III.*, Madrid 1940, 398-400; J. Fontaine, *Isidore de Seville et la culture classique dans l’Espagne wisigothique*, París 1959, 766-774; S. Montero Díaz, Introducción general a San Isidoro de Sevilla: *Etimologías*, edición bilingüe, Madrid 1951, 1-82.

en otra pequeña obra llamada *De rerum natura*, aunque esta última consista más exactamente en un manual de cosmología.

Por lo que respecta a la imagen terrestre que recoge San Isidoro, lo primero que debemos tener en cuenta es la estrecha relación entre la misma y las líneas básicas de su pensamiento teológico y cosmogónico. En este sentido, algunos autores han puesto de manifiesto la presencia recurrente de dos principios fundamentales en toda su producción científica: la ordenación a la unidad y, en segundo lugar, la universalidad<sup>2</sup>. Ambas surgen como resultado de la unión de las dos corrientes de pensamiento que mayor influencia ejercieron sobre el obispo hispalense: la creencia en un Dios creador y omnipotente y, junto a ella, la filosofía estoica, bien conocida por Isidoro a través de Séneca y de la que también había sido partícipe San Agustín<sup>3</sup>.

De esta convergencia de ideas cristianas y estoicas se desprende, además, una concepción ecuménica que se hace patente, sin ir más lejos, dentro de su labor historiográfica cuando reconoce que la providencia es la gran fuerza que mueve la Historia<sup>4</sup>.

No obstante, en cuanto acudimos al terreno de la Geografía, estas concepciones teóricas y metodológicas aparecen un tanto desdibujadas ya que a menudo hay que contar con la evidencia de que en sus *Etimologías* el autor se contradice incluso en algunos temas que aparecen tratados en dos capítulos sucesivos. La explicación a los numerosos errores, confusiones e incongruencias presentes en dicha obra puede atribuirse al hecho que el propio autor no pudiese revisar por completo sus *Etimologías* debido a su precario estado de salud, correspondiendo tal tarea a su discípulo Braulio de Zaragoza, quien seguramente se abstendría de realizar correcciones a la obra suprema de su maestro<sup>5</sup>.

Junto al aspecto contradictorio que, en ocasiones, aparece en la obra de San Isidoro, se podría recordar que nuestro autor, a pesar de intentar seguir en la mayor parte de las ocasiones sus postulados filosóficos y teológicos, acudió a menudo al inagotable imaginario proporcionado por la mitología clásica para incluirlo en sus narraciones de carácter geográfico. Es el caso, por ejemplo, del párrafo que dedica a las amazonas, a quienes hace descender de unas mujeres escitas mientras asegura que fueron exterminadas, sucesivamente, por Hércules, Aquiles y Alejandro Magno<sup>6</sup>.

De este modo, debemos tomar con cierta prevención los principios metodológicos que se han mencionado anteriormente, tal y como se verá en algunos ejemplos concretos.

2. J. Fontaine, *Isidore de Seville...*, 651-664; S. Montero Herrero, "Le idee ecumeniche di Isidoro di Siviglia", en *L'ecumenismo politico nella coscienza dell' Occidente*, Roma 1998, 397-403.

3. J. Madoz, *San Isidoro de Sevilla. Semblanza de su personalidad literaria*, León 1960, 120-122.

4. S. Montero Díaz, "Ensayo sobre las ideas geográficas de Isidoro de Sevilla", *RUM* 1, 1940, 122-142; S. Montero Herrero, *Le idee ecumeniche...*, 398.

5. Aún reconociendo que las *Etimologías* estaban inconclusas, el obispo de Zaragoza únicamente procedió a su división en libros. C.H. Lynch – P. Galindo, *San Braulio, obispo de Zaragoza, su Vida y sus obras*, Madrid 1950, 358; J. Pérez de Urbel, "Las letras...", 401.

6. *Etym.* IX, 2, 64: "Nam hoc est Amazon, quasi aneu mazou, id est sine mamma. Has iam non esse, quod earum partim ab Hercule, partim ab Achille, vel Alexandro usque ad internicionem deletae sunt". Las fuentes empleadas por Isidoro en este párrafo son algo variadas, tal y como encontramos en H. Philipp, *Die historisch-geographischen Quellen in den Etymologiae des Isidorus von Sevilla*. Vol. II, Berlín 1913, 21. Este estudioso alemán halló concordancias con Serv. Aen. I, 490; XI, 651 y Justin. II, 4, II.

Entrando de lleno en los escritos isidorianos, conviene recordar que el libro XIV de las *Etimologías* comienza con la afirmación de que la Tierra se encuentra en la región media del universo<sup>7</sup>. Además, Isidoro añade que el orbe o *ecumene* es redondo, está dividido en tres partes y se encuentra totalmente rodeado por el Océano<sup>8</sup>.

Este esquema es el llamado T-O, en el que la “T” representa la división entre los continentes europeo, asiático y africano y la “O”, por supuesto, el Océano exterior. Conviene añadir que tal esquema tampoco es original de San Isidoro sino que consiste en una explicación recurrente a lo largo de la Antigüedad Tardía, puesto que autores de la talla de San Agustín y Paulo Orosio ya lo habían empleado dos siglos antes que el hispalense, por no hablar de escritores muy anteriores como Salustio, Lucano y Macrobio<sup>9</sup>.

En dicha división tripartita del orbe, Isidoro siguió la tradición vigente en la literatura geográfica desde la época helenística de otorgar al continente asiático la misma superficie que al europeo y africano juntos y, además, hay un aspecto que resulta muy ilustrativo de su intención de aunar el conocimiento científico heredado de la cultura grecorromana con lo expresado en las Sagradas Escrituras. Tal intento se aprecia cuando el autor afirma que cada continente fue poblado por los descendientes de cada uno de los tres hijos de Noé.

Así, en el libro IX de las *Etimologías* escribe que la descendencia de Sem pobló el continente asiático; la de Cam fue a habitar a África y la estirpe del tercer hijo, Jafet, se extendió desde el monte Tauro hasta el mar Británico –es decir, los límites de Europa<sup>10</sup>–.

Asimismo, afirmó que, en conjunto, la población mundial quedó dividida en 73 gentes o naciones que, en un primer momento, tomaron su nombre respectivo del que había sido su fundador. Aún así, la mayor parte de los pueblos cambió su denominación tal y como ocurrió, por ejemplo, con los indios, quienes, según San Isidoro, deben su etnónimo al río Indo y no a su fundador, Joctán, un tataranieta de Sem<sup>11</sup>.

7. *Etym.* XIV, 1, 1: “*Terra est in media mundi regione posita, omnibus partibus caeli in modum centri aequali intervallo consistens...*”. En esta ocasión, el obispo de Sevilla prácticamente repitió lo que había escrito en *De natura rerum*, XLVIII, 1 donde, por cierto, hace mención expresa de su fuente: Higinio, *Astron.*, I, 8.

8. *Etym.* XIV, 2, 1: “*Orbis a rotunditate circuli dictus, quia sicut rota est; unde brevis etiam rotella orbiculus appellatur. Vndique enim Oceanus circumfluens eius in circulo ambit fines. Divisus est autem trifarie: e quibus una pars Asia, altera Europa, tertia Africa nuncupatur*”. Según H. Philipp, *Die historisch-geographischen Quellen...* Vol II, 84-85, la fuente es la misma que empleó para el párrafo anteriormente citado (Higinio, *Astron.* I, 8).

9. Sobre esta cuestión es necesario acudir a O.A.W. Dilke, *Greek and roman Maps*, Londres 1985, 173 y de W. Stahl, *Roman Science*, Madison 1962, 222. La estructura O-T ya se encontraba recogida con anterioridad a su empleo por parte de San Isidoro en la obra de otro obispo hispano, Paulo Orosio, *Hist. Adv. Pag.* I, 1, 16; I, 2, 1.

10. *Etym.* IX, 2, 2: “*Gentes autem a quibus divisa est terra, quindecim sunt de Iaphet, triginta et una de Cham, viginti et septem de Sem, quae fiunt septuaginta tres, vel potius, ut ratio declarat, septuaginta duae; totidemque linguae, quae per terras esse coeperunt, quaeque crescendo provincias et insulas inpleverunt*”. La correspondencia es absoluta con San Agustín, *De civ. Dei*, XVI, 3 y 6.

11. *Etym.*, IX, 2, 39: “*Namque Indi ab Indo flumine dicti sunt, qui ab occidentali parte eos includit*”. Afirmación relacionada según H. Philipp, *Die historisch-geographischen Quellen...*, Vol. II, 15, con *Bern. Schol. G.* II, 172: “*Indi ad orientem sunt, a flumine Indo dicti, sed nunc per Indos barbaras gentes significat, quae sunt ad orientem*”.

Quedándonos en el continente asiático, nuestro autor llevó a cabo una descripción sumaria del mismo en el capítulo tercero del libro XIV, basándose claramente en Orosio a la hora de tratar dicho continente desde sus regiones más extremas –esto es, las que teóricamente deberían lindar con el Océano en su curso oriental- hasta las zonas de Asia ribereñas del Mediterráneo<sup>12</sup>.

Curiosamente, la primera región asiática que trató no fue, como cabría esperar, la India –que en la tradición clásica estaba considerada la tierra más oriental de todas-, sino que San Isidoro se dedicó a describir el Paraíso, considerándolo un lugar delicioso, abundante en árboles y frutos y donde se gozaba de una temperatura templada<sup>13</sup>. En estas pinceladas, Isidoro recogió las mismas características con que tradicionalmente habían sido descritas las tierras utópicas desde los ya lejanos tiempos en que había surgido la literatura griega<sup>14</sup>.

De nuevo, debemos pensar en la obra de San Agustín como la fuente directa en que se basó el hispalense para este pasaje puesto que el obispo de Hipona había escrito acerca de la existencia real y física del Paraíso<sup>15</sup>. A este conocimiento de la obra del africano también se debe la descripción que hizo Isidoro del nacimiento de los cuatro grandes ríos de la Antigüedad en el mismo Paraíso. Estos ríos son el Nilo, el Éufrates, el Tigris y el Ganges, los cuales brotaban de una fuente situada en el mismo centro del jardín del Paraíso y, según nuestro autor, seguían un largo curso a través de medio mundo<sup>16</sup>.

Más al occidente se encontraba la India, una de las principales tierras donde se ubicaron las más extravagantes fantasías de la Antigüedad<sup>17</sup>. Isidoro comenzó describiéndola al hilo de su legendaria fertilidad, que en su obra continuó siendo una verdad incuestionable, tal y como se desprende de la afirmación de que este país tenía

12. Orosio, *Hist. Adv. Pag.* I, 2, 13-50.

13. *Etym.* XIV, 3, 2: “*Paradisus est locus in orientis partibus constitutus, cuius vocabulum ex Graeco in Latinum vertitur hortus: porro Hebraice Eden dicitur, quod in nostra lingua deliciae interpretatur. Quod utrumque iunctum facit hortum deliciarum; est enim omni genere ligni et pomiferarum arborum consitus, habens etiam et lignum vitae: non ibi frigus, non aestus, sed perpetua aeris temperies*”. Para H. Philipp, “*Die historisch-geographischen Quellen...*”, Vol. II, 86, se basa en San Jerónimo, *De loc. hebr.* 116, 31: “*Eden sacri paradisi locus ad orientem, quod in voluptatem deliciasque defertur*”.

14. J. Gómez Espelosín, A. Pérez Largacha y M. Vallejo Girvés, *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Alcalá de Henares 1994, 357-360.

15. August., *De civ. Dei* XIII, 21: “*...Quasi propterea non potuerit esse paradisus corporalis, quia potest etiam spiritalis intellegi;...*”.

16. *Etym.* XIII, 21, 7-10; XIV, 3, 3: “*Geon fluvius de Paradiso exiens atque universam Aethiopiam cingens, vocatus hoc nomine quod incremento suae exundationis terram Aegypti inriget; ἡν enim Graece, Latine terram significat. Hic apud Aegyptios Nilus vocatur...*”. “*Ganges fluvius, quem Phison sancta Scriptura cognominat, exiens de Paradiso pergit ad Indiae regiones*”. “*Tigris fluvius Mesopotamiae de Paradiso exoriens et pergens contra Assyrios...*”. “*Euphrates fluvius Mesopotamiae de Paradiso exoriens...*”. “*E cuius medio fons prorumpens totum nemus inrigat, dividiturque in quattuor nascentia flumina*”. El listado de fuentes ofrecidas para estos pasajes es enorme, cfr. H. Philipp, “*Die historisch-geographischen Quellen...*”, Vol. II, 69-71 y 86.

17. Para apreciarlo, véase entre otras muchas obras, A. Dihle, “*Der fruchtbare Osten*”, *RM* 105, 1962, 97-110; K. Karttunen, *India in early Greek Literature*, Helsinki 1989, 231-235; F.J. Gómez Espelosín, A. Pérez Largacha y M. Vallejo Girvés, *Tierras fabulosas...*, 198-206.

dos cosechas al año y carecía de invierno<sup>18</sup>. Por lo demás, nuestro autor da la impresión de haber seguido los pasos marcados hacía ya mucho tiempo por insignes fabuladores de prodigios, tales como Heródoto, Ctesias y Megástenes. Se trata, por tanto, del mismo tipo de noticias que encontramos cuando Isidoro habla de la existencia de grandes elefantes –que se encuentran en África y no en la India- así como de unicornios. A esto hay que añadir las noticias a las que también dio crédito San Isidoro al mencionar unos inaccesibles montes de oro que había en la India custodiados por dragones, grifos y enormes monstruos humanos<sup>19</sup>, noticias éstas que extrajo el hispanense de una de las cartas de San Jerónimo quien, a su vez, se había hecho eco de las legendarias tradiciones presentes en la obra de los autores griegos antes mencionados acerca de la supuesta existencia de extraños y peligrosos seres que vigilaban las enormes riquezas acumuladas en los confines del mundo habitado<sup>20</sup>.

Siguiendo con el relato de San Isidoro, veremos ahora el relato que hizo de la isla de Taprobane<sup>21</sup> –actual Sri Lanka- que había sido mencionada por vez primera en la obra de uno de los historiadores de Alejandro Magno, Onesícrito de Astipalea<sup>22</sup>. Nuestro autor, fiel a su costumbre, escribió sobre ella de manera sumaria pero basándose claramente en diversos autores grecorromanos. Es el caso, por ejemplo, de la mención que hizo a la alta población de elefantes en la isla, dato que ya se encontraba en la obra del propio Onesícrito, así como en la de autores posteriores que se valieron de sus escritos, tal es el caso de Estrabón y de Plinio el Viejo<sup>23</sup>. Aún así, lo más interesante dentro de las pocas líneas dedicadas a Taprobane –al margen de la tópica mención a su abundancia en perlas y piedras preciosas- fue, seguramente, la referencia al hecho que un río dividía la isla por la mitad, dejando una parte para que habitasen los elefantes y las fieras salvajes y, en la otra, los seres humanos<sup>24</sup>.

---

18. *Etym.* XIV, 3, 6: “...Terra Indiae Favonii spiritu saluberrima in anno bis metit fruges: vice hiemis Etesias patitur...”. En esta cuestión se aprecia claramente la dependencia de Isidoro respecto de Plinio el Viejo, a partir tanto de un conocimiento directo de la *Naturalis Historia*, como de la obra de Solino que, como es sabido, estaba fuertemente basada en los escritos de aquél: Plin. *NH* VI, 58; VIII, 76; X, 117; XII, 85; XII, 104. Solin. 52,1; 52, 6; 52, 7; 52, 39; 52, 43; 52, 52.

19. *Etym.* XIV, 3, 7: “...Ibi sunt et montes aurei, quos adire propter dracones et gryphas et immensorum hominum monstra impossibile est”. Donde está muy claro el recurso a los escritos de San Jerónimo, Hieronym., *Ep.* CXXV: “...montesque aurei, quos adire propter gryphas et dracones et immensorum corporum monstra hominibus impossibile est”.

20. Para apreciar dicha curiosidad resulta tremendamente útil la obra de J. Romm, *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, 67-71.

21. *Etym.* XIV, 6, 12: “Taprobane insula Indiae subiacens ad Eurum, ex qua Oceanus Indicus incipit, ...”.

22. *F. Gr. H.* IIB, Onesíc. F12= Estrabón XV, 1, 15. Para profundizar en la vida y en la obra de este interesantísimo filósofo y marino sigue siendo válida la obra de T.S. Brown, *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley 1949, 93, 99 y 104.

23. Onesíc. F13 = Plin., *NH* VI, 81; Est. XV, 1, 14.

24. Dicha división de la isla en dos mitades ya había sido mencionada en plena época helenística por Megástenes, el famoso embajador seleúcida que visitó la corte del rey maurya Sandracoto y que escribió un relato bastante fantástico acerca de la India. Resulta claro que dicha indicación de Megástenes, –que se encuentra en *F. Gr. H.* IIB F26= Plin., *NH* VI, 81- pervivió en la tradición literaria que sobre la India se forjó en Occidente y que aún conoció el propio San Isidoro.

En este punto, Isidoro se distanció considerablemente de lo relatado por Orosio, quien en su obra únicamente señaló a propósito de esta isla que contaba con diez ciudades<sup>25</sup>, e incluso por Cosmas Indicopleustes, un comerciante alejandrino que vivió a mediados del siglo VI, que afirmaba haber viajado en repetidas ocasiones a la India<sup>26</sup>.

Este autor, precisamente, expresó la lejanía de Taprobane respecto a los puertos egipcios pero se abstuvo de idealizar la vida que se desarrollaba en la isla puesto que escribió acerca de la existencia en la misma de una serie de comunidades cristianas, establecidas allí a partir de los contactos entablados entre el Imperio bizantino y aquellas lejanas regiones<sup>27</sup>.

Curiosamente, un siglo después, San Isidoro se había desmarcado de lo escrito por los autores más cercanos temporalmente a él<sup>28</sup> y volvió a admitir la secular tradición que presentaba a Taprobane como una isla inmensamente rica, donde sus habitantes llevaban una vida feliz y despreocupada hasta el punto de olvidarse de los posibles ataques de la fauna salvaje que habitaba en esa tierra extrema, ya que la naturaleza había obrado beneficiándolos de manera casi milagrosa.

En estrecha relación con el entorno geográfico que estamos contemplando, llegó a escribir San Isidoro que el pueblo de los etíopes procedía en su origen de la zona del Indo y, en su migración, se asentaron cerca de Egipto, entre el Nilo y el Océano<sup>29</sup>.

Dentro de esta curiosa teoría acerca de la etnogénesis de los etíopes, llama la atención nuevamente la recepción que llevó a cabo San Isidoro de diversas ideas geográficas ya consideradas arcaicas en la propia época helenística. En este caso, y si no fuera porque había transcurrido aproximadamente un milenio, nuestro autor da toda la impresión de haber conocido la obra de los logógrafos jonios que afirmaban la continuidad territorial entre la India y África basándose en el inconsistente postulado de la existencia de cocodrilos tanto en el Indo como en el Nilo<sup>30</sup>.

25. Oros. I, 2, 16: "*Haec habet gentes XLVIII, absque insula Taprobane quae habet decem civitates et absque reliquis insulis habitabilibus plurimis*".

26. W. Wolska, *Recherches sur la Topographie Chrétienne de Cosmas Indicopleustes. Théologie et science au VI<sup>e</sup> siècle*, París 1962, 3-11, 271.

27. Cosmas Indicopleustes III, 65:

" *Ἰν τῆν Ταπροβανὴν νῆσω εἰς τὴν ἰσθμῶν τῆν Ἰνδία, ἵερὰ τοῦ ἰνδικῶν πελάγῶν ἔστι, καὶ ἰερέων κληρικῶν καὶ ἐκκλησιαστικῶν λειτουργῶν...* "

XI, 14:

" *Ἰερεῖς δὲ καὶ αὐτῶν νῆσῶν καὶ ἐκκλησιαστικῶν τῶν ἐπιδημιούντων Περσῶν κληρικῶν καὶ λειτουργῶν ἀποὺς Περσῶν οὐκ ἐπιδημιούντων καὶ διακόνων καὶ πασῶν τῶν ἐκκλησιαστικῶν λειτουργῶν...* "

28. Con todo, resulta sumamente difícil, si no imposible, admitir que el obispo sevillano hubiese leído la obra del Indicopleustes, tanto por sus escasos conocimientos de lengua griega, como por el motivo político-religioso de que el comerciante alejandrino profesase el monofisismo, hecho que lo convertía en hereje para San Isidoro, por lo que, además, no tendría reparo alguno en rechazar su *Topografía Cristiana*.

29. *Etym.* IX, 2, 128: "*Hi quondam ab Indo flumine consurgentes, iuxta Aegyptum inter Nilum et Oceanum, in meridie sub ipsa solis vicinitate insiderunt...*".

30. K. Karttunen, *India in early...*, Helsinki 1989, 134-138; J.W. Sedlar, *India and the Greek World*, Nueva Jersey 1980, 9.

En otro pasaje de las *Etimologías* reafirma Isidoro la condición de una inmensa región continua puesto que aseguró firmemente la existencia de dos Etiopías: una situada cerca de la salida del sol y otra hacia el ocaso, al sur de Mauritania<sup>31</sup>.

Junto a estas especulaciones geográficas, también incluyó en las líneas dedicadas a esta región una referencia a su gran fauna —en concreto, rinocerontes, jirafas y enormes dragones<sup>32</sup>—, lo cual estaba en total consonancia con las características atribuidas tradicionalmente a Etiopía; es decir, en ese país debía haber animales de gran tamaño puesto que el extremo calor reinante contribuía como fuente de vida al crecimiento de las especies animales y vegetales<sup>33</sup>.

Finalmente, una última consideración que llevó a cabo San Isidoro respecto a Etiopía estuvo referida a sus pobladores ya que, para el autor, la región se encontraba habitada por varias razas de aspecto horrible<sup>34</sup>.

Este tajante juicio estético entra en clara contraposición con una de las más antiguas tradiciones geográficas puesto que ya en los poemas homéricos —y, por supuesto, en las obras posteriores— habían aparecido los etíopes como unos seres totalmente idealizados; idea que excluía, evidentemente, el aspecto físico que en el futuro les iba a atribuir San Isidoro<sup>35</sup>. Hay una explicación al respecto y es que con anterioridad a la obra del hispalense, en diversas obras cristianas ya se había desmitificado la imagen con que el paganismo había adornado a los etíopes<sup>36</sup>. Para dichos autores, el aspecto exterior de esas gentes de color no era más que el reflejo de la negritud de un alma pecadora que aún no había conocido la Verdad del dogma cristiano.

De este modo, San Isidoro se adhirió a la nueva tradición religiosa y cultural que se había conformado en los tiempos de la difusión del cristianismo dejando de lado, por tanto, la ya entonces milenaria concepción que había idealizado sobremanera a los etíopes.

Por último, también puede resultar interesante una referencia al no menos legendario país de los antípodas<sup>37</sup>, el supuesto pueblo que habitaba en la parte contraria del

31. *Etym.* XIV, 5, 16: “*Duae sunt autem Aethiopiae: una circa ortum solis, altera circa occasum in Mauretania*”. H. Philipp, *Die historisch-geographischen Quellen...*, Vol. II, 129, encuentra un claro precedente en Serv. Aen. IV, 481: “*Aethiopiae duae sunt, una circa ortum solis, altera circa occasum in Mauretania, quam nunc dicit*”.

32. *Etym.* XIV, 5, 15: “*...Illic quippe rhinoceros bestia el camelopardus, basiliscus, dracones ingentes, ex quorum cerebro gemmae extrahuntur...*”. Según H. Philipp, *Die historisch-geographischen Quellen...*, Vol. II, 128, la fuente de San Isidoro fue, una vez más, Solino 27, 50; 30, 15; 30, 19 y 30, 21.

33. Es la idea que, por ejemplo, aparece en el *lógos* etíope de Heródoto de Halicarnaso III, 20-24.

34. *Etym.* XIV, 5, 14: “*Aethiopia dicta a colore populorum, quos solis vicinitas torret...plurimas habens gentes, diverso vultu et monstruosa specie horribiles*”. Para H. Philipp, *Die historisch-geographischen Quellen...*, Vol. II, 128, nuestro autor partió de Serv. Aen. IV, 481.

35. F.J. Gómez Espelosín, A. Pérez Largacha y M. Vallejo Girvés, *Tierras fabulosas...*, 333-335.

36. Concretamente en Oríg., *Comm. in cant. canticorum* II, 367-369 y en *Expositio Totius Mundi et Gentium* LXII.

37. Literalmente significa “los de los pies opuestos”. Sobre el debate intelectual que suscitó su existencia en la Antigüedad: V.I. Flint: “Monsters and the Antipodes in the Early Middle Ages and Enlightenment” en *Viator. Medieval and Renaissance Studies* 15, 1984, 67-80; G. Moretti, *Agli antipodi del mondo: per la storia di un motivo scientifico-legendario*, Trento 1990; G. Moretti, “The Other World and the “Antipodes”. The Myth of the Unknown Countries between Antiquity and the Renaissance” en W. Haase y M. Reinhold (eds.), *The Classical tradition and the Americas*, Berlín-Nueva York 1993, 241-284.

mundo y cuya posible existencia ya fue planteada por Platón<sup>38</sup>. Incluso se llegó a plantear un curioso debate intelectual en la Roma imperial acerca de su existencia y San Isidoro en un momento determinado se preguntó acerca de los mismos; rápidamente, nuestro autor expone su opinión: no se debe creer en la existencia de los antípodas, pertenecen al terreno de la fabulación puesto que han sido creados por los poetas<sup>39</sup>.

La explicación a esta escéptica postura de Isidoro se debe a que compartía la teoría que, con anterioridad, había expuesto San Agustín al respecto. El obispo de Hipona partió en su razonamiento de unos presupuestos teológicos similares a los que hemos comentado a propósito de la obra del hispalense: todos los seres humanos pertenecen por su origen a la estirpe de Adán y, además, en aquellos momentos históricos, la palabra de Dios debía ser propagada universalmente, por tanto, no podía existir ninguna región inalcanzable para el hombre<sup>40</sup>.

De esta manera, San Agustín negaba la existencia del continente antípoda puesto que si éste se encontraba insalvablemente separado del resto del orbe, los descendientes del primer hombre no hubrían podido instalarse allí<sup>41</sup>.

Junto a esto, añadió el obispo africano otro impedimento y es que, ante la imposibilidad de comunicación entre los dos mundos, no se podría propagar la Fe cristiana ni, por tanto, difundir el Evangelio entre los antípodas; esta perspectiva entraba, por tanto, en clara contradicción con la vocación universal del cristianismo, que debía llegar hasta el último rincón del mundo a pesar de todos los impedimentos que encontrase. Cuestión ésta en la que se puede apreciar la decisiva influencia que jugó el pensamiento agustino sobre la obra de San Isidoro<sup>42</sup>.

38. Plat., *Tim.* 63a: ...*pollakiz jawn jantipouz ta jutov a jutou kavw kaiv jawn proseivpoi*."

39. *Etym.* IX, 2, 133: "*Iam vero hi qui Antipodae dicuntur, eo quod contrarii esse vestigiis nostris putantur, ... sed neque hoc ulla historiae cognitione firmatur, sed hoc poetae quasi ratiocinando conieciunt*".

40. *De Civ. Dei* XVI, 8: "...*Sed omnia genera hominum, quae dicuntur esse, credere non est necesse. Verum quisquis uspiam nascitur homo, id est animal rationale mortale, quamlibet nostris inusitatum sensibus gerat corporis formam seu colorem siue motum siue sonum siue qualibet ui, qualibet parte, qualibet qualitate naturam: ex illo uno protoplasto originem ducere nullus fidelium dubitauerit. Apparet tamen quid in pluribus natura obtinuerit et quid sit ipsa raritate mirabile*". Con ello, además, el obispo de Hipona reconocía explícitamente la existencia de razas monstruosas, tales como los arimaspos, los pigmeos, los panotios, los esciápodos, los cinocéfalos y los blemmies. Para profundizar en esta cuestión, M. Vallejo Girvés, "San Agustín y la evangelización de los extremos: a propósito de *De Civitate Dei* 16, 8-9." en *Augustinianum* XXXVII, 1997, 441-457.

41. Curiosamente, hubo quien consideró a Taprobane parte de las Antípodas; no obstante, algunos romanos la conocieron y visitaron e incluso ya hemos visto cómo había comunidades cristianas en ella, por lo que se rechazó tal identificación. M.T. Gambin, "L'île Taprobane: Problème de Cartographie dans l'Océan Indien" en M. Pelletier (ed.), *Geographie du Monde au Moyen Age et à la Renaissance*, París 1989, 193.

42. W.M. Stevens, "The figure of the Earth in Isidore's *Natura Rerum*" en *Isis. An International Review devoted to the History of Science and its Cultural Influences* 71, 1980, 273-274.

## Conclusiones

De los diversos aspectos comentados se desprende la evidencia de que el autor pretendía, al menos en sus escritos geográficos, unir la tradición clásica a lo expresado en las Sagradas Escrituras, tal y como ocurre con el universo de seres que poblaban los mitos y los relatos de viajes griegos, que encuentran un lugar dentro de una geografía marcada esencialmente por el asentamiento en la misma de los descendientes de Noé. Además, este factor de integración conllevó un discurso ecuménico que siempre constituyó una constante en la obra de San Isidoro; obra que, por otro lado, se halla impregnada de la idea de que la totalidad de las cosas emanaba de una naturaleza inagotable y providencialista. De ahí, también, el fuerte rechazo expresado por el autor ante la supuesta existencia de los antípodas, quienes, en su lógica, no podían formar parte de la *ecumene* puesto que su tierra no podía ser alcanzada por nadie impidiendo, por añadidura, su integración en la comunidad de los fieles cristianos.

Con todo, nos encontramos ante unos escritos geográficos que deben mucho tanto a la tradición clásica como a la religiosa de la que proceden pero cuya auténtica importancia reside en la proyección que llevaron a cabo de las mismas por Europa durante la posterior Edad Media.